



CAPITULO VIII.

INSTRUCCIONES Á LOS DOCE.—MUERTE DE JUAN BAUTISTA.

Mientras que Jesús, aclamado del pueblo y maldecido por los Fariseos, evangeliza á la Galilea, sus discípulos permanecen el objeto constante de su solicitud; ellos forman su Iglesia y su Reino.

Su número ha aumentado; él hizo entre ellos una selección, ha escogido doce á quienes ha titulado apóstoles; él les ha mostrado, como lo había prometido en un lenguaje misterioso, á los ángeles del cielo que suben y bajan sobre su cabeza; él les ha llevado á sus viajes apostólicos; hoy, juzgándoles dignos de una confianza más elevada, quiere que ellos vayan á anunciar el Evangelio, y que, á su vista, hagan el aprendizaje de su apostolado.

El envío de los Doce, al centro de las ciudades judías debía también, en el pensamiento de Jesús, extender su propio apostolado. Sus días estaban contados, era preciso que, á pesar de la rapidez de su carrera, el pueblo entero escuchase la buena

nueva de su nombre y de su Reino. La cosecha está madura, los obreros están aumentados.

Jesús convocó en derredor suyo á los Doce. Los documentos no marcan precisamente el lugar de la reunión. Verosímilmente tuvo lugar en Capharnaum y en la casa de Pedro, y en la misma pieza alta en donde el Maestro y sus discípulos se hallaban, en la noche, después de la fatiga de esas jornadas todas llenas de la obra de Dios.

El comenzó, como estratégico prudente, por limitar el campo del combate.

—“No vayáis hacia los paganos; no entréis en las ciudades de Samaria; id á las ovejas perdidas de la casa de Israel.”

Restringiendo su apostolado, el Maestro facilita la tarea y la proporciona á los obreros. Este es, por otra parte, el plan de Dios: Israel, tiene las promesas de salvación, él debe tener las primicias, más tarde, la hora sonará para los Samaritanos y los paganos.

En seguida, él agregó:

—“Id, enseñadles, decidles que el Reino de Dios se acerca.”

He aquí en una sola palabra toda la ciencia de los apóstoles. No hay nada más sublime y más necesario. Ella basta para todo; las demás sin ella, no sirven de nada. Esta es la ciencia propia de Jesús. El ya se las había comunicado en sus discursos en las sinagogas, en sus parábolas al pueblo, y sobre todo en las pláticas íntimas; y aun cuando ellos estuvieran lejos de medir la profundidad, ellos sabían bastante para decir que el Reino de Dios era el Reino del Mesías, que ahí estaba el Mesías, que ellos le conocían, que ellos eran sus discípulos y que se era de su reino con la condición de arrepentirse y de creer.

La acción apostólica ha permanecido lo que Jesús la hizo,

en ese mismo día en el que, por la primera vez él envió á algunos hombres escogidos á ejercerla en su nombre.

El Reino de Dios está siempre próximo; el deber supremo, el más elevado destino del hombre, es siempre recibir en su conciencia al Espíritu vivo y personal de Dios, del que Jesús es la única fuente; la condición de una liberalidad semejante es siempre la fe en la palabra de Jesús, el renunciamento de sí mismo, de sus ideas, de sus pasiones, de sus intereses, de sus vicios y hasta de su propia virtud; en una palabra, el arrepentimiento y el sacrificio total.

A esos nuevos combatientes, Jesús debió una armadura nueva.

—“Yo os doy,” les dijo, “fuerza y potestad para lanzar á los espíritus inmundos, para curar toda languidez y toda debilidad.”

Esta palabra es manifiestamente divina. Está en el poder del hombre comunicar sus ideas, sus instrucciones, sus planes, sus ambiciones, y de encender en el alma de los suyos el fuego sagrado del entusiasmo, él no podría transmitir ni su genio ni su virtud; la historia no menciona, en los más poderosos talentos filosóficos, políticos ó religiosos, una pretensión semejante. Ahora, Jesús trasmite á sus discípulos el Espíritu de Dios que está en él, y de esta manera les envía armados:

—“Id, curad á los enfermos, resucitad á los muertos, purificad á los leprosos, lanzad á los demonios.”

Los Apóstoles no tuvieron otra fuerza más que la potestad misma de Dios, y esta potestad no les será dada sino para el bien de los hombres. Los hombres sufren: ella calmará su dolor; ellos languidecen, ella los levantará; ellos mueren, ella les volverá la vida; ellos están bajo el yugo del espíritu malo, ella les libertará. Los milagros de la bondad serán la señal de su misión y las obras de su poder. Ellos imitarán á su Maestro. Su espíritu es quien obrará en ellos y por ellos. Su fe les incorporará á él y permanecerá la condición de su actividad sobrehumana. La potestad de curar los males físicos y de man-

dar á la muerte podrá ser suspendida; la influencia sobre las armas y la autoridad sobre los espíritus malos no lo serán jamás. ¿Qué importa, después de todo, que el cuerpo sufra y muera, si el alma vive sana, libre y consolada?

Jesús continúa su función mesiánica por el apostolado,—obra de libertad, de justicia, de misericordia infinita, que arranca de las doctrinas impuras á los espíritus tiranizados y envilecidos por ellas, despierta las conciencias muertas, da á los desesperados el consuelo de Dios, y cura las miserias, las languideces que embarazan la marcha del mundo.

Al mismo tiempo que él proveyó á sus apóstoles de la fuerza del Espíritu, Jesús les mostró qué virtudes exigía de ellos: la bondad que se da; el desinterés que se olvida; la pobreza que se desprende de todo; la confianza que se entrega á Dios sin reserva; la perseverancia y el valor que nada desconcierta.

—“Vosotros habéis recibido gratuitamente, vosotros daréis por nada. No tengáis ni oro, ni plata, ni ninguna moneda en vuestra cintura; ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, sino sólo sandalias; ni vara, sino solamente el bastón de viaje; porque al obrero es debido su alimento.”

He aquí al apóstol tal como Jesús le quiere. Ser bueno quien todo lo ha recibido de Dios, él debe dar sin cálculo é imitar la generosidad de Dios. Sus méritos no son nada sin la munificencia divina de la que él ha sido el objeto; lo que ha recibido por nada él lo dará por nada. El Espíritu ni se compra ni se vende; el que lo recibe es dichoso, el que lo comunica más dichoso todavía; ese aumento de alegría será su tesoro y bastará á su recompensa.

La expansión está en razón de la bondad. Los mejores son

¹ Según San Mateo, Jesús prohíbe el bastón y el calzado; según San Marcos, él les permite y les tolera. La conciliación de los dos textos, contradictorios en apariencia, es fácil. El bastón prohibido es evidentemente el *matas*, que indica un objeto que puede servir para el ataque ó para la protección; el que está autorizado es el bastón de viaje, el *marchan*. Los dos sentidos están implícitos en el *πάτερον* de los Griegos.

² En cuanto al calzado, el que es permitido es la sandalia que llevan los pobres. Cf. Lightfoot, *Hebræica*, ad h. 1.

los más expansivos. De todas las fuerzas, el Espíritu de Dios es la más comunicativa. Las almas expansivas se hacen amar; ellas se abren á sí mismas, ellas provocan la apertura. Esta es la primera virtud del apóstol.

Como él es generoso, él será desinteresado. El no debe tener ningún cuidado terrestre. ¿Qué tiene que hacer con la riqueza de este mundo? El posee los incorruptibles tesoros de Dios. Viéndole así libre de las cosas que pasan, los hombres comprenderán que él vive de lo que no pasa; y su pobreza efectiva les hará sospechar la realidad de los bienes imperecederos del Reino que les está anunciado. ¿Por qué se inquietarán de las necesidades de la vida? Dios ha ordenado todas las cosas de manera que el obrero que merece su alimento, le halle siempre. El ser estéril desaparece; pero aquel que hace obra útil es digno de vivir, y él vivirá de la Providencia del Padre. El alma de Jesús estaba desbordante de esta confianza filial; él quiere que sus apóstoles estén llenos, porque ella es la expresión misma del amor para el Padre celestial de quien él les revelaba el nombre y la bondad.

El apóstol vivirá de los dones de aquellos á quienes haya evangelizado; esto es todo lo que él recibirá, todo lo que él les pedirá. El reconocimiento de aquellos á quienes haya curado y salvado no le faltará. Los beneficios terrestres pueden hacer ingratos; los dones de Dios, jamás. Los primeros no mejoran; los segundos santifican.

¿Cuál será la táctica de sus enviados militantes?

Jesús se las enseña hasta en los más pequeños detalles. En ese primer ensayo de evangelización, él no quiere que ellos vayan solos, sino de dos en dos, á fin de sostenerse el uno al otro.¹

El no les envía ni á las asambleas públicas de las sinagogas

¹ A elección de Jesús es como evidentemente conviene referir el pareo de los doce en la nomenclatura de los Evangelios. *— Mat., X; Marc., III; Luc., IV; Act., XIII y sig.

ni á la multitud. El teme por ellos, tímidos todavía é inexper-
tos, el peligro de un apostolado resplandeciente y ruidoso; él conoce la vehemencia de las pasiones populares prontas á levantarse, difíciles de calmar; él conoce la sutileza y la astucia de los doctores; él quiere economizar á los suyos las luchas muy fuertes; y en espera que él les dé, con la plenitud de su Espíritu, la tierra inmensa á evangelizar, él les recomienda una acción más humilde, más tranquila, una especie de apostolado individual y doméstico, del que la familia será el centro y el punto de apoyo.

—“En cualesquiera ciudad ó aldea que entréis, informáos del más digno y permaneced en su casa hasta vuestra partida.

Y al pasar el umbral de su casa, decid: ¡Que la paz sea con ella! ¿La casa es digna? Vuestra paz le llegará, si no, vuestra paz volverá á vosotros. Que si ninguno os recibe y no escucha vuestra palabra, salid de esa casa y de esa ciudad, sacudiendo el polvo de vuestros pies. Ellas no son para vosotros sino una casa y una ciudad profanas; entre vosotros y ellas nada hay de común, tratadles como paganos.

“En verdad yo os lo digo, en el día del juicio habrá menos rigor para Sodoma y Gomorrha que para esa casa y esa ciudad.”

El enviado de Jesús es un mensajero de paz. Como su Maestro, él no conoce ni la violencia ni la opresión: él es de la raza de los hijos de Dios, de los bondadosos y de los pacíficos. Su “schelam,” no es una vana fórmula política, él tiene una virtud sacramental, siendo la expresión viva y efectiva del Espíritu de Dios de quien es el portador. Este Espíritu desborda de aquellos que él anima y él se complace en obrar por ellos, en derredor de ellos; al comunicarse, él enriquece no solamente á los que le reciben, sino á los que le dan; y si él es rechazado, él vuelve como bendición al que se le ha ofrecido. Mas la suerte de las almas refractarias á la vocación divina es aterradora. El desastre de las ciudades nefandas es menos terrible que el estado del hombre, cuando el amor de Dios,

ofendido se retira de él abandonándole, dejándole caer en ese abismo que cava en él la ausencia definitiva de Dios.

Entonces, Jesús se puso á pintar, con algunos rasgos enérgicos, las dificultades y los obstáculos del proselitismo en medio del mundo y á exhortar á sus discípulos á las virtudes del combate sin las cuales su acción sería vana. Su pensamiento no está limitado al momento presente; él domina los tiempos, esclarece el porvenir y abraza la obra total del apostolado. Al mostrar á sus discípulos lo que su misión tiene de temible, él obró con la sabiduría del educador que centuplica el valor, dando á los que él formó una conciencia más elevada del peligro.

—“He aquí, exclamó, yo os envío como ovejas entre los lobos.” Las ovejas están sin defensa, los lobos armados para el ataque y devoradores.

“Sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Guardaos de los hombres: ellos os entregarán á sus tribunales y os condenarán á ser azotados en sus sinagogas. Ellos os conducirán, por mi causa, ante sus gobernadores y sus reyes, para servir de testimonio á ellos y á los paganos.

“Una vez entregados, no os inquietéis ni de lo que debéis decir, ni de la manera de decirlo: esto se os dará en el instante. No seréis vosotros los que hablaréis, es el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros.

“El hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre á su hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres y les entregarán á la muerte, y seréis odiados por todos, por causa de mi nombre; más el que persevera hasta el fin ese será salvo.

“Cuando se os persiga en una ciudad, huid á otra. Apresuraos. En verdad, yo os digo, no habréis evangelizado á todas las ciudades de Israel, antes que llegue el Hijo del hombre.”

He aquí el legado de los apóstoles, profetizado por el Maestro: la hostilidad de los hombres, el ataque violento, la persecución, las sentencias, los suplicios, el odio, la muerte. Este es

el primer relámpago respecto al destino doloroso del Mesías. Antes de descubrirle á sus discípulos, Jesús les ha anunciado lo que ellos mismos deberán sufrir,—revelación austera que les preparará á comprender, cuando haya llegado el momento, el misterio de la cruz.

Este sombrío cuadro debió espantar á la pequeña falange, ó cuando menos admirarla. Jesús hizo entonces una alusión á las dificultades, á la oposición, á la violencia de las que él mismo era el objeto, y que crecía cada día:

—“Nuestra suerte es común, añadió, “no me llamáis Maestro y Señor? Vosotros soís, y seréis tratados como yo.” El discípulo no está sobre el maestro, ni el servidor sobre su señor. Basta al discípulo ser como el maestro, al servidor ser como su señor.” Después, recordándoles la injuria horrible que le había sido hecha, la misma víspera, por los Fariseos, les dijo: “Si ellos han titulado Belzebú al Padre de familia, con mayor razón á los de la casa!”

Y ellos, los perseguidos, ¿qué harán en estas luchas?

Jesús les pide la prudencia y la sencillez: dos virtudes pacíficas que se completan, porque la prudencia sin la sencillez, se trueca en astucia, y la sencillez sin la prudencia, en la simpleza; la astucia engaña, y la simpleza ciega nos pierde.

El no quiere que se resista violentamente al mal; es preciso vencerle por la dulzura ó guardarse de él y huírle. El apóstol está desarmado de toda fuerza terrestre de ataque; él no es el lobo que desgarrá, sino la oveja que se degüella. Siempre víctima, jamás verdugo.

Pero ningún obstáculo, ningún peligro, ninguna violencia tendrá poder sobre él; él deberá perseverar hasta el fin en su tarea, y no conocer ni desfallecimiento ni temor.

—“Id, dijo Jesús, lo que está oculto debe ser revelado, lo que es secreto debe ser sabido.” La obra de Dios, obscura, desconocida, debe llegar á la luz y á la claridad del día. “Lo

que yo os digo en las tinieblas, decidlo en la claridad; y lo que os digo al oído,¹ predicadle sobre los techos.²

“Id, perseverad y no temáis.”

El que Jesús envía á un mundo enemigo, sin dinero, sin provisión, sin bastón, sin espada, sin fuerza humana, humilde, pobre, dulce, pacífico; es más fuerte que cualquiera potestad humana: ésta puede matar al cuerpo, pero el alma se le escapa, y el alma es todo para el apóstol, puesto que en ella es donde habita el Espíritu de Dios por quien vive. El no tiene que temer á nadie, si no es al que tiene el poder de arrojar al alma y al cuerpo al infierno. Invencible, Dios guarda á los que le temen; él vela sobre toda criatura, la más pequeña como la más grande; pero los que le aman son sus hijos, él tiene por ellos una providencia paternal.

—“¿Dos gorriones no se venden en un óbolo? Ninguno de ellos cae al suelo, sin que vuestro Padre lo permita. Respecto de vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis nada; vosotros valéis más que muchos gorriones.”

A fin de alentar su valor, él elevaba sus esperanzas. El pensamiento de Jesús abraza siempre la totalidad de las cosas, la tierra y el cielo, el tiempo y la eternidad, las criaturas y el Padre.

—Por difícil que sea vuestra obra, parece decir á sus discípulos: “id,” llevad mi testimonio á la faz de los hombres, “aquel que me hubiere reconocido delante de ellos, yo le reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo; y el que hubiere renegado de mí delante de los hombres, yo renegaré de él delante de mi Padre que está en el cielo.”

¹ Alusión á una costumbre en vigor en las sinagogas y en las escuelas. El lector de la Ley, en las primeras, y el Rabbí en las otras, tenía delante de él á un asesor ó intérprete. Ellos le hablaban en voz baja y al oído, y él repetía en voz alta á la asamblea lo que él había oído. Lightfoot, *Horæ hebraicæ*, p. 253.

² Otra alusión á las costumbres religiosas de los Judíos. La víspera del sábado, el Hasan anunciaba desde lo alto de una terraza de una casa elevada la apertura del sábado con el sonido de diez trompetas ó de gran voz, como el almadano, entre los musulmanes, invita á la oración desde lo alto de los alminares.

Ser reconocido de Jesús delante del Padre, principio y fin de todo, pertenecerle eternamente, estar con él y en él en la plenitud de la luz, del amor y de la vida, esta es la esperanza que debe regocijar al apóstol, á través de sus tribulaciones. El puede con ella afrontar todos los suplicios. Ser negado por Jesús, separado de él, esta es la muerte espantosa, la única de temerse.

Por otra parte es preciso que los discípulos lo sepan, la obra á la que se consagran por el apostolado es una obra de lucha, de combate hasta la muerte. El Maestro que les ordenaba decir: “Paz á esta casa y á esta ciudad;” que les había enseñado sobre la montaña la felicidad de los pacíficos; él,—la dulzura misma y la paz,—que dá el germen fecundo, trayendo la verdad y haciendo reinar la justicia, él está destinado á levantar en el mundo una tempestad terrible, la tempestad de los violentos, de los enemigos de toda justicia y de toda verdad, de todo sacrificio y de todo amor.

—No os engaíais, “yo traigo á la tierra no la paz, sino la guerra. Yo vengo á separar al hijo de su padre, á la hija de su madre, y el hombre tendrá por enemigos á los de su casa.” Para llegar á mí, es preciso abandonarlo todo, y “el que ama á su padre ó á su madre más que á mí no es digno de mí.” “El camino que conduce á mí es como la ruta del suplicio;” quien no toma su cruz para seguirme no es digno de mí.”

El quiere que sus apóstoles no retrocedan ante la muerte, y él les enseña ese secreto divino en una palabra que ha engendrado legiones de mártires.

—“No temáis dar vuestra vida por mi causa, en este mundo que mata: el que traté de conservarla la perderá; el que la pierda por mi causa la hallará.”

Inmolar una vida de un día, es adquirir la vida eterna en el seno del Padre; querer guardar la vida que pasa, es hacerse indigno de la que no pasa. El cuerpo debe ser sacrificado al alma, el alma y el cuerpo al Espíritu de Dios. El cuerpo que quiere vivir por sí mismo pierde su actividad más elevada, él cesa de ser el instrumento glorioso del pensamiento y él se

deshonra con la materia que le sofoca. El alma que permanece en sí misma, rehusando unirse á Dios, renuncia á la plenitud del ser y se agita en su propia nada.

El sacrificio,—la ley universal de la vida,—será la ley del apostolado.

La plática de Jesús con los Doce se terminó con una dulzura reconfortadora. Como él se sentía en comunión absoluta y filial con el Padre, él se sentía por su Espíritu en comunión con sus discípulos. Este último lazo se estrechaba siempre, y Jesús amaba verse vivir en ellos.

—“Aquel que os recibe, les dije, me recibe, y el que me recibe, recibe al Padre que me ha enviado. Además, el que acoge al profeta, como tal, tendrá la recompensa del profeta; y el que acoge al justo, como tal, tendrá la recompensa del justo. Y el que dé al menor de estos un vaso de agua, porque es mi discípulo, aquel, os lo digo en verdad, no perderá su recompensa.”

Recibir á Jesús, es comprenderlo; es entrar en el mismo Espíritu de verdad, de justicia y de paz, es llegar á ser participante de él. Recibir á su discípulo, al profeta ó al justo, es asistirles en la obra que ellos cumplen y hacerse digno de la misma recompensa. El menor acto no será olvidado, el óbolo de la viuda será conocido, y el vaso de agua contado.

Ese discurso, esta plática íntima, reasumida por uno de los testigos en algunas sentencias breves que todas llevan la marca de Jesús, puede ser considerada como el monumento de su sabiduría pedagógica.

¿Qué hombre superior, qué jefe de escuela, propuso jamás á sus sectarios un ideal más sublime? Los grandes génios son casi siempre impotentes; su elevación misma y su originalidad son un obstáculo; ellos no pueden sobrevivirse: Dios les ha rehusado la herencia. Ellos llevan consigo á la tumba su secreto, dejando á los que han encantado y en un instante ilu-

minado, en su debilidad y mediocridad. Los generales que ven desaparecer al conquistador no saben sino participar de sus despojos y romper la unidad de su imperio; los discípulos del filósofo exageran su sistema y alteran su doctrina; las leyes del legislador caen á su muerte; y el artista inspirado, entregando á su escuela sus procedimientos,—sin el arte de aplicarlos,—bien pronto es alterado por aquellos mismos que guardan el culto,

La impotencia del hombre para perpetuarse en los discípulos dignos de él depende de dos causas invencibles: la inferioridad de los discípulos y la imposibilidad, para el maestro, de dejarles su espíritu vivo. Sólo Jesús ha removido esos obstáculos; él ha comunicado el Espíritu mismo de Dios á las naturalezas sencillas y sin cultura, y esta fuerza inmanente en ellas, poco á poco las ha formado á su propia imagen; ellas se han hecho tal como él las quería, realizando, en su grandeza, el tipo austero y dulce, humilde é irresistible, generoso y perseguido del apóstol.

El impulso dado por el Maestro no se agota; como el espíritu con el que él se confunde, su vitalidad es invencible; joven en medio de ese mundo caduco, victorioso en medio de la humanidad hostil, ella se afirma de siglo en siglo por creaciones siempre renovadas. Jesús, con su potestad divina de herencia, se reproduce sin cesar; cuando todo parece agotado é inerte, vense de repente surgir hombres nuevos á su imagen, que son la encarnación de su tipo. Su vida es su palabra misma en acción. No hay un tiempo que no haya conocido á esos apóstoles, almas generosas y expansivas, cuya historia se podría escribir con ese discurso de Jesús.

Fuertes con las instrucciones del Maestro, partieron los Doce, á su palabra, de dos en dos, evangelizando á las ciudades y á las aldeas de Galilea.

Jesús, acompañado de otros discípulos, continuó su obra. Su celo apostólico no se disminuía jamás; él no conoció el des-

fallecimiento y no se dió ningún reposo: el día era para la acción, las noches para la oración.

Por ese tiempo, poco después del mensaje que él había enviado á Jesús; y algunos días antes de la Pascua del año 29, acaeció la muerte de Juan Bautista.¹

Sólo los Evangelios refieren los detalles; ellos remontan á los discípulos de Juan que estuvieron ciertamente instruidos y vinieron de Macherous á anunciar á Jesús lo que había pasado. Josefo, mencionando la muerte violenta del Bautista,² la atribuye vagamente á la política sombría de Herodes Antipas, quien, sabiendo su autoridad sobre el pueblo, temió que él provocase un movimiento de revolución. Los datos evangélicos arrojan una gran luz sobre la narración del historiador judío, difícil de explicarse sin ellos. Nada, en efecto en la actitud del Precursor, no sentía el revolucionario político; pero los temores del tetrarca, que parecían absolutamente desprovistos de fundamento, se hacían muy plausibles, si se piensa que al reprochar severamente á Herodes su alianza adúltera é incestuosa con Herodías, Juan hubiera podido levantar en su contra á las pasiones populares. El papel desempeñado por la princesa es muy natural, en la circunstancia, y admira ver algunos críticos sospechar hechos semejantes.³

El prisionero de Herodes no tuvo ilusión respecto de su suerte. Herodías no perdonó al profeta. Su odio era implacable. La prisión de aquel que la había condenado públicamente no calmó sus resentimientos y no bastó á su venganza: su vida es la que quiere. Ella intriga con los cortesanos, Fariseos y Herodianos, á quienes también el profeta flageló con su ruda palabra. Ella acecha la ocasión para terminar con su enemigo.

A pesar de su influencia con el tetrarca, ella, sin embargo, no

1. Mat., XIV, 1-12; Marc., VI, 14-29; Cf. Luc. IX, 7-9.

2. Antig., XVIII, 5, 2.

3. T. Keim, *Jesús von Nazara*. II Band.

logró arrancarle ese nuevo crimen. Herodes tenía miedo del profeta; él no osaba afrontar la cólera del pueblo, quien no dejaría de estallar á la noticia de su muerte. La justicia, la santidad de Juan, imponían á su conciencia; él le tenía consideraciones, tomaba sus consejos y le escuchaba con agrado. Pero nada satisface al espíritu vengativo de la mujer ofendida; ella tiene una obstinación y astucias que triunfan de todas las resistencias.

La ocasión esperada y buscada se presentó en fin. Esta fué la fiesta de Herodes.—no, según creemos, el día de su nacimiento, sino el aniversario de su coronación. El tetrarca se hallaba con su corte en Macherous, en donde dió un festín suntuoso á los grandes y á los tribunos de Galilea.

En medio de la comida, la hija de Herodías, inspirada por su madre, entró en la sala del banquete; y, según la costumbre judía, para expresar la alegría y la gloria de una fiesta semejante, ella bailó. La joven olvidó que aquel delante de quien danzaba había deshonrado el hogar de su padre.

El tetrarca quedó conmovido y halagado.

—Píde lo que quieras, le dijo él, yo te lo daré. Y él juró sobre su cabeza. Si, fuere lo que fuere, pide, yo te lo daré,—aun cuando fuere la mitad de mi reinado.

Ella salió y vino á decir á su madre:—¿Qué pediré?

—La cabeza de Juan-Bautista, le dijo Herodías, sin vacilar.

La joven volvió á entrar inmediatamente á la sala del festín, y acercándose al Rey:—Quiero, le dijo ella, que me déis inmediatamente, aquí, sobre una bandeja, la cabeza de Juan Bautista.

Ante esta palabra inesperada y espantosa, se mostró todo el carácter del príncipe, mezclado de bondad afeminada, de timidez y de falsa religión. El se contristó con el pensamiento de derramar sangre. Pero ¿cómo retroceder? El había jurado. Sus convidados, testigos de su juramento, y tal vez enemigos de Juan Bautista, le intimidaban. El no se atrevió á rehusar el crimen. El envió á uno de sus guardias, y le ordenó traer

la cabeza de Juan Bautista sobre una bandeja. El guardia le decapitó en el fondo de su prisión. Llevó su cabeza sobre una bandeja y la dió á la joven, y la joven la entregó á su madre.

Herodías estaba vengada.

Tal fué el fin trágico del Precursor de Jesús.

Hombres semejantes no pueden acabar su carrera en la paz, llenos de días como los patriarcas. La muerte violenta conviene más á los profetas, esos héroes de la verdad y de la justicia, del derecho y de la virtud. Ellos han combatido por su triunfo, ellos han domeñado los vicios, ellos han clamado en su debilidad, á la faz de los poderosos y de los malos, el "non licet" de la conciencia que nunca se doblega: ellos tienen necesidad de sellar con su sangre su vida, su palabra, su valor, su amor, su misión. Dios les trata como preferidos, según su deseo.

El mundo les odia, el mundo les mata; él cree ahogar su voz de justicia, él les da la inmortalidad. La suprema elocuencia está en la sangre derramada por Dios.

El "non licet,"—la palabra del derecho inflexible ante la fuerza, la astucia y el odio,—no encontrará una expresión humana más conmovedora que esta cabeza de Juan, presentada en una bandeja á Herodías, la adúltera, la incestuosa y la homicida.

Juan antecede á Jesús en el suplicio y muere por haberle preparado los caminos. Su sangre se mezcla á la de los profetas, sus abuelos, y á la del Cordero, como él llamaba á Jesús, quien muy pronto también será inmolado. El camino del Reino, desde el origen del mundo hasta el fin de los siglos, es un gran reguero de sangre.

La muerte de Juan Bautista conmovió profundamente al pueblo en Judea como en Galilea, pero el pueblo no se levantó; el pueblo no tiene la iniciativa de nada, ni aun de las revoluciones. Ningún jefe explotó su cólera. Los jefes religiosos en Judea, temblaban bajo la dura mano de Pilatos; los

grandes de Galilea y los Saduceos, cortesanos de Herodes, no quedaron descontentos, quizá, por este acto de rigor político;—los cortesanos legitiman todo, hasta el crimen;—el profeta les pareció luego como á su soberano un peligro público; los mismos Fariseos no vieron sin una secreta satisfacción, desaparecer á aquel que no les había economizado las fuertes verdades, y quien se obstinaba en dar testimonio al hombre convertido en el objeto de su odio.

La memoria de Juan permaneció venerada en el pueblo; seis años después el crimen de Herodes estaba vivo en su recuerdo. Habiendo estallado una guerra á propósito de la frontera, entre el tetrarca y el rey Asetas de Arabia, padre de la mujer repudiada, las tropas de Herodes fueron hechas pedazos. Ese desastre arrancó un grito á la conciencia de la multitud: Es Dios quien se vengó, se clamaba, de la muerte de Juan Bautista.

Una tradición recogida por San Gerónimo, refiere que la vengativa Herodías, recibiendo de las manos de su hija la cabeza ensangrentada de su víctima, atravesó con agujas la lengua que había protestado contra su crimen, y ordenó que su cuerpo fuese arrojado en las barrancas de Macherous á los perros y á los buitres. Los discípulos del profeta vinieron á recogerle para sepultarle, y fueron á referir á Jesús lo que había acontecido.

Si Herodías se complació con su odio satisfecho, el tetrarca permaneció triste, inquieto, atormentado por su asesinato. El pensamiento de Juan le asaltaba con frecuencia. Naturaleza supersticiosa y blanda, incapaz de resolución, él era astuto como todos los caracteres débiles. Tenía el espanto, pero no los remordimientos de su crimen. La fama de Jesús, quien hasta entonces le había parecido indiferente, le produjo terror. Los Apóstoles, diseminados á través de las ciudades y aldeas, habían seguramente avivado las preocupaciones ardientes de la opinión respecto á su Maestro. Los comentarios y las discu-

siones no se agotaban, y como siempre, las preocupaciones dividían los espíritus.

Que Jesús fuese un profeta, esto se imponía. ¿Pero cuál? Creíase entonces en el pueblo y hasta en las escuelas, en el regreso del alma de los muertos entre los vivos. Esta creencia extravagante se ejerció á propósito de Jesús: —Es Elías, declan unos.—No, es algún profeta antiguo, respondían otros. Y aquellos que habían admirado á Juan, afirmaban que era el mismo Juan resucitado de entre los muertos.

Todos esos ruidos populares llegaron hasta la corte del tetrarca, en donde, sin duda también, la persona de Jesús era discutida. El nombre de Juan, asociado al de Jesús, turbó el alma de Herodes; él estaba perplejo. No sabiendo qué pensar, y sufriendo él mismo la superstición de la multitud, dijo: Ese es Juan á quien yo hice decapitar, helo aquí; ha resucitado entre los muertos; por esto obra prodigios. Y Herodes temblaba. Hubiera querido ver á Jesús.

Los doce regresaron de su primer viaje. Encontraron á su Maestro en Capharnaum y le refirieron todo lo que habían hecho y enseñado. Mas la multitud había acudido. Se iba y se venía; la casa estaba obstruida; Jesús y los suyos, observando uno de los Evangelios,¹ no tenían ni el tiempo para comer. El experimentó la necesidad de platicar con sus discípulos en la intimidad, y quiso procurarles algunos días de silencio y de calma. La noticia de la muerte de Juan le advirtió dolorosamente de la suya. Se acercaba el momento de iniciarles en el misterio de sus sufrimientos. Se levantó.

—“Venid aparte,” les dijo, “á un lugar solitario para vosotros y descansad un poco.”

Subió á una barca con sus discípulos, les dió orden de atravesar el lago y de remar hacia la ribera oriental, del lado de Bethsaida.

¹ Marc. VI, 31.



CAPITULO IX.

LA CRISIS MESIÁNICA EN GALILEA.

La ribera Noreste del lago de Genezareth, entre la embocadura del Jordán y el ouady Djebarieh, es un llano conocido actualmente bajo el nombre de El-Batyheh, fértil, regado, siempre verde. Ella dibuja un vasto triángulo del que el lago forma la base, el Jordán y las montañas del Gaulan los dos lados. Bethsaida—Julias, que no se debe confundir con Bethsaida en Galilea, estaba situado en la cima del triángulo á poca distancia del río, á legua y media del lago, sobre un montículo que se sujeta á las colinas más elevadas de la cadena del Gaulan.¹ Todo ese distrito de la baja Gaulonitide formaba,— con la Auranitide, la Betania, la Iturea y la Trachonitides,— la tetrarquía de Philipo, hermano de Antipas. Ese príncipe no tenía nada del mal genio de su familia. De un carácter dulce, justo y pacífico, él no recordaba á su padre sino por el amor á las artes. Desde su coronación se ocupó en fundar dos ciudades: la una en los manantiales del Jordán, sobre la situación

¹ La situación de Bethsaida—Julias, en el lugar mismo que indicamos, parece incontestable. El está netamente indicado por Josefo, Bell. Jud., III, 10, 7, y por Plinio, Hist. Nat. I, V, c. XXV, § 15.—Cf. Victor Guérin, Descripción de la Palestina, 3ª part. La Galilea, I